Russell P. Sebold

FL DEPS FA/0531
0500765078

NOCHES LÚGUBRES

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

I.—*República Literaria*, de Saavedra Fajardo.
II.—*Los eruditos á la violeta*, de José Cadalso.
III.—*Autobiografías de escritores y poetas españoles.*
IV.—*La derrota de los pedantes*, de Moratín.
V.—*Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro.
VI.—*Autobiografías de escritores y poetas españoles* (2.ª serie).
VII.—*El héroe*, de Gracián.
VIII.—*Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo*, de Diego de Torres Villarroel.
IX.—*El Nieto de Don Quijote*, de Luis Esteso.
X.—*Visita de los chistes*, de Quevedo.
XI.—*El Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara.
XII.—*Noches lúgubres*, de José Cadalso.
XIII.—*El alcalde de Monterilla y tres tipos más*, de Fermín Caballero, con un discurso de Pedro de Répide.
XIV.—Una obra de Rafael López de Haro.

Pedidos: á Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, y Viuda de Pueyo, Arenal, 6.

MADRID

omit

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

1) JOSÉ CADALSO

2) NOCHES LÚGUBRES

UNA DE LAS MÁS BELLAS OBRAS DEL POETA Y COSTUMBRISTA, ESCRITA AL BORDE DEL SEPULCRO, CON TODAS LAS FANTASÍAS QUE omit INSPIRA EL TERROR

NOTAS Y UN PRÓLOGO DEL AUTOR

omit

3) Department of Spanish
University of Wisconsin

MADRID.-IMPRENTA DE JUAN PUEYO
CALLE DE LA LUNA, 29. - TELÉF. 14-30

EL NIETO DE DON QUIJOTE

ANDANZAS Y CORRERÍAS POR ALGUNOS PUEBLOS DE ESPAÑA : EN COLABORACIÓN CON CERVANTES, ANTONIO DE GUEVARA, EL ARCIPRESTE DE HITA, GIL POLO, QUEVEDO, ROJAS VILLANDRANDO, ENRÍQUEZ GÓMEZ, JOSÉ DE ACOSTA Y OTROS INGENIOS; EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE EL "FALSO QUIJOTE" LO ESCRIBIÓ LOPE DE VEGA

POR

EL REY DEL HAMBRE Y DE LA RISA
LUIS ESTESO

PEDIDOS:

Fernando Fe, Puerta del Sol, 15
Viuda de Pueyo, Arenal, 6

MADRID

JOSÉ CADALSO

Fué hombre de singular talento, y, aunque no hubiera dejado otro monumento literario, *Noches lúgubres* le acreditan, á pesar de su romanticismo y haber imitado á Young, de escritor imaginativo y tierno.

Cadalso manejó con valentía y discernimiento las armas poderosas de la sátira, aunque en *Noches lúgubres*, que hoy se publican completas, es el terror quien hace la guerra al vicio.

Nació en Cádiz el 8 de Octubre de 1741, y murió, siendo coronel, en Gibraltar el 27 de Febrero de 1782, defendiendo una batería de cañones llamada San Martín.

Murió ocupando el puesto de un amigo, quien al saber la desgracia dejó la carrera militar y se hizo fraile.

Noches lúgubres las escribió á consecuencia de la muerte de la hermosa actriz María Ignacia Ibáñez, que con este triste suceso trastornó tanto al poeta, que fué su desventura, hasta ir á desenterrar el cadáver de su amada.

Llegaron á tiempo unos amigos, y Cadalso fué desterrado de la corte.

Cartas Marruecas y *Eruditos á la violeta* son obras más conocidas que ésta, y por la sátira y erudición de aquéllas se puede comparar á Cadalso con Feijoo y Moratín, el de *La derrota de los pedantes*, que corrigen deleitando.

En el libro titulado *Cartas de novias y amantes* hay una carta de la que copio lo que sigue (1):

«Y ya que de libros te hablo hoy, te recomiendo leas *Cartas Marruecas*, de Cadalso, que tienen cosas de mucho agrado, aunque no tan sabrosas como estos libros raros.

Dice Cadalso en una carta: «En Europa hay varias clases de escritores. Unos escriben cuanto les viene á la pluma, otros cuanto les mandan escribir, otros todo lo contrario de lo que sienten, otros lo que agrada al público con lisonja, otros lo que les choca con reprensiones. Los primeros están expuestos á más gloria y más desastres, porque pueden producir mayores aciertos y desaciertos. Los segundos se lisonjean de hallar el premio seguro de su trabajo; pero si acabado de publicar se muere ó se aparta el que se lo mandó, y entra á mandarle uno de sistema opuesto, suelen encontrar castigo en vez de recompensa. Los de la tercera clase merecen por escrito el odio de todo el público.»

Como poeta fué delicado y amatorio, y para que el lector juzgue de la bondad sin límites de Cadalso y su profunda erudición, acompañamos á esta edición de

(1) Este libro fué causa de la publicación de esta *Biblioteca de Autores Célebres*, y hoy, reconciliados con su autor desde que se publicó *República literaria*, le concedemos esta distinción.

Noches lúgubres el prólogo que escribió para su tomo de poesías *Ocios de mi juventud*, en Barcelona, el 1781.

Es como sigue:

«Movido de un justo agradecimiento por la favorable aceptación con que el público honró la crítica de los falsos sabios, que hice con nombre de los *Eruditos á la violeta*, compuse y le ofrecí el suplemento; y no siendo menor el favor con que le recibió, debe también ser mi gratitud en este caso igual á la que le manifesté en el otro. Pero como la crítica es materia tan delicada, que, ó suele degenerar en sátira, cosa opuesta á mi modo de pensar, ó suele ser una fría repetición de lo ya dicho, cosa igualmente desagradable á los leyentes, he creído más acertado el publicar algunos manuscritos míos sobre varios ramos de literatura, empezando por la Poesía.

Estos primeros cuadernillos son por la mayor parte del género menos útil de la Poesía, pero del más agradable. Los intitulo *Ocios de mi juventud*, quedándome algún escrúpulo de que su verdadero título debiera ser *Alivio de mis penas*, porque los hice todos en ocasión de acometerme alguna pesadumbre, tal vez efecto de mis muchas desgracias, tal vez efecto de mis pocos años, y tal vez de la combinación de ambas causas.

En las materias amorosas he procurado escribir con la modestia de los Argensolas y Garcilaso, y no con la libertad de algunos otros poetas, que se hallan impresos y reimpresos.

En el único asunto heroico que he tratado, puedo asegurar que la adulación no me ha dictado un verso: no ha seguido mi pluma otra voz que la de mi corazón.

En los versos en que se toca por incidencia la gloria de mi nación, he procurado hablar con todo el celo que profeso á mi patria, y con toda la justicia que le hace la Historia: mayores ingenios lo ejecuten con toda la pompa que ella se merece. Los españoles lo agradecerán; los extranjeros lo aplaudirán; pues el espíritu de patriotismo que reina hoy en todos los países de la Europa hace que los hombres juiciosos de cada uno estimen á los que se declaran patriotas respectivamente en los suyos. Cuanto dijo Virgilio en alabanza de la gente romana, ponderando lo arduo que fué formar aquella nación gloriosa, atribuyéndola el derecho de destruir á cuantas se resistiesen á su poder, y de perdonar á cuantas implorasen su gracia, y profetizando una duración sin límite, ha sido justamente repetido en cada nación con más ó menos verdad, pero con igual razón política, cual es el estímulo de los vivientes con los nombres de los muertos.

No creo que merezca menos mi patria, ni lo creerá su mayor enemigo si lee nuestros Anales, no sólo en la parte impresa por los españoles, sino en la que dejaron escrita los romanos.

Hasta aquí por lo tocante á mis poesías en particular. De la Poesía en general, sería muy inútil referir su dignidad y mérito. Si en este siglo la han hecho menos apreciable algunos que han usurpado el título de poetas, sin tener la menor calidad para merecer este timbre, queda muy desagraviada la facultad con retroceder en la historia y ver la consideración que obtuvieron en la corte y en la nación los que manejaron la lira con la misma mano y en el mismo tiempo que los negocios mayores de la religión, estado y guerra. Los nombres de Rebolledo, Ercilla, Hurtado de

Mendoza, León y otros, hacen ver lo compatible que es esta diversión con las ocupaciones mayores.

El erudito patriota que hace á la nación el servicio de publicar los extractos de nuestros poetas antiguos, nos da una noticia muy exacta del nacimiento y fortuna de los príncipes de nuestro Parnaso; y su lectura nos muestra evidentemente que los poetas verdaderos, aun en nuestros siglos más gloriosos, no tuvieron menos nombre en la república civil que en la literaria.»

Cadalsó se refiere al *Parnaso español*, de D. Juan José López Sedano.

UN INGENIO.

Madrid, 1918

Pp 11-54

Bergin

NOCHE PRIMERA

TEDIATO Y UN SEPULTURERO

DIÁLOGO

TEDIATO

¡Qué noche! La obscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazón: el cielo también se conjura contra mi quietud, si alguna me quedara; el nublado crece; la luz de esos relámpagos... ¡qué horrorosa! Ya truena: cada trueno es mayor que el que le antecede, y parece producir otro más cruel: el sueño, dulce intervalo en las fatigas de los hombres, se turba: el lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cría la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos venerables, todo se inunda en llanto... todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante... ¡Ay, si fuese el último de mi vida, cuán grato sería para mí! ¡cuán horrible ahora! ¡cuán horrible! Más lo fué el día, el triste día que fué causa de la escena en que ahora me hallo.

Lorenzo no viene: ¿vendrá acaso? ¡cobarde! ¿le es-

pantará este aparato que naturaleza le ofrece? No ve lo interior de mi corazón... ¡cuánto más se horrorizaría! ¿si la esperanza del premio le traerá? Sin duda... el dinero... ¡ay, dinero, lo que puedes! un pecho solo se te ha resistido... ya no existe... ya tu dominio es absoluto... ya no existe el solo pecho que se te ha resistido. Las dos están al caer... esta es la hora de cita para Lorenzo... ¡Memoria! ¡triste memoria! ¡cruel memoria! más tempestades formas en mi alma que esas nubes en el aire. También esta es la hora en que yo solía pisar estas mismas calles en otros tiempos muy diferentes de éstos. ¡Cuán diferentes! desde aquella á éstos todo ha mudado en el mundo; todo menos yo.

¿Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? Suya será. ¿Quién sino él, y en este lance y por tal premio, saldría de su casa? él es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso; el azadón y pico que trae al hombro, el vestido lúgubre, las piernas desnudas, los pies descalzos que pisan con turbación, todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo: aquel bulto, cuyo encuentro horrorizaría á quien le viese. Él es, sin duda: se acerca: desembózome y le enseño mi luz. Ya llega. ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

LORENZO

Yo soy: cumplí mi palabra: cumple ahora tú la tuya: ¡el dinero que me prometiste!

TEDIATO

Aquí está... ¿Tendrás valor para proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

LORENZO

Sí; porque tú también pagas el trabajo.

TEDIATO

¡Interés, único móvil del corazón humano! aquí tienes el dinero que te prometí: todo se hace fácil cuando el premio es seguro; pero el premio es justo una vez ofrecido.

LORENZO

¡Cuán pobre seré cuando me atreví á prometerte lo que voy á cumplir! ¡cuánta miseria me oprime! piénsalo tú: y yo... harto haré en llorarla... Vamos.

TEDIATO

¿Traes la llave del templo?

LORENZO

Sí: esta es.

TEDIATO

La noche es tan obscura y espantosa...

LORENZO

Y tanto, que tiemblo y no veo.

TEDIATO

Pues dame la mano, y sigue: te guiaré y te esforzaré.

LORENZO

En treinta y cinco años que soy sepulturero, sin dejar un solo día de enterrar alguno ó algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

TEDIATO

Es que en ella me vas á ser útil; por eso te quita el cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Esta es la puerta.

LORENZO

¡Que tiemble yo!

TEDIATO

Anímate... imítame.

LORENZO

¿Qué interés tan grande te mueve á tanto atrevimiento? Paréceme cosa difícil de entender.

TEDIATO

Suéltame el brazo... Como me lo tienes asido con tanta fuerza, no me dejas abrir con esta llave... Ella parece también resistirse á mi deseo... Ya abre... entremos.

LORENZO

Sí, entremos. ¿He de cerrar por dentro?

TEDIATO

No: es tiempo perdido y nos pudieran oir. Entorna solamente la puerta, porque la luz no se vea desde afuera si acaso pasa alguno, tan infeliz como yo; pues de otro modo no puede ser.

LORENZO

He enterrado por mis manos tiernos niños, delicias de sus madres: mozos robustos, descanso de sus padres ancianos: doncellas hermosas y envidiadas de las que quedaban vivas: hombres en lo fuerte de su edad y colocados en altos empleos: viejos venerables, apoyos del estado... nunca temblé. Puse sus cadáveres entre otros muchos ya corruptos; rasgué sus vestiduras en busca de alguna alhaja de valor: apisoné con fuerza y sin asco sus fríos miembros: rompíles las cabezas y huesos: cubríles de polvo, ceniza, gusanos y podre, sin que mi corazón palpitase... y ahora, al pisar estos umbrales me caigo... al ver el reflejo de esa lámpara me deslumbro... al tocar esos mármoles me hielo... me avergüenzo de mi flaqueza: no la refieras á mis compañeros: si lo supieran harían mofa de mi cobardía.

TEDIATO

Más harían de mí los míos al ver mi arrojo. Insensatos. ¡Qué poco saben!... ¡Ah! me serían tan odiosos por su dureza, como yo sería necio en su concepto por mi pasión...

LORENZO

Tu valor me alienta. ¡Mas ay nuevo espanto! ¿Qué es aquello? Presencia humana tiene... Crece confor-

me nos acercamos... Otro fantasma más le sigue... ¿Qué será? Volvamos mientras podemos... no desperdiciemos las pocas fuerzas que aun nos quedan... Si aun conservamos algún valor, válganos para huir.

TEDIATO

¡Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra con la mía, que nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara. Si el otro mundo abortase esos prodigiosos entes á quienes nadie ha visto y de quienes todos hablan, sería el bien ó mal que nos traerían siempre inevitable. Nunca los he hallado: los he buscado.

LORENZO

¡Si los vieras!

TEDIATO

Aun no creería á mis ojos: ¡juzgara tales fantasmas monstruos producidos por una fantasía llena de tristeza! ¡fantasía humana, fecunda sólo en quimeras, ilusiones y objetos de terror! la mía me los ofrece tremendos en estas circunstancias... Casi bastan á apartarme de mi empresa.

LORENZO

Eso dices porque no los has visto: si los vieras temblaras aún más que yo.

TEDIATO

Tal vez en aquel instante; pero en el de la reflexión me aquietara. Si no tuviese miedo de malgastar estas

pocas horas, las más preciosas de mi vida, y tal vez las últimas de ella, te contara con gusto cosas capaces de sosegarte... pero dan las dos... ¡Qué sonido tan triste el de esa campana! el tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

LORENZO

¿Adónde?

TEDIATO

A aquella sepultura. Sí, á abrirla.

LORENZO

¿A cuál?

TEDIATO

A aquella.

LORENZO

¿A cuál? ¿A aquella humilde y baja? Pensé que querías abrir aquel monumento alto y ostentoso, donde enterré pocos días ha al Duque de Tausto, timbrado, que había sido muy hombre de palacio, y según sus criados me dijeron, había tenido en vida el manejo de cosas grandes: figuróseme que la curiosidad ó interés te llevaba á ver si encontrabas algunos papeles ocultos, que tal vez se enterrasen con su cuerpo. He oído, no sé dónde, que ni aun los muertos están libres de las sospechas y aun envidias de los cortesanos.

TEDIATO

Tan despreciables son para mí muertos, cómo vivos; en el sepulcro, como en el mundo; podridos, como triunfantes; llenos de gusanos, como rodeados de aduladores... no me distraigas... vamos, te digo otra vez, á nuestra empresa.

LORENZO

No: pues al túmulo inmediato á ese, y donde yace el famoso Indiano, tampoco tienes que ir, porque aunque en su muerte no se le halló la menor parte del caudal que se le suponía, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver: no se halló siquiera un doblón en su mortaja.

TEDIATO

Tampoco vendría yo de mi casa á su tumba por todo el oro que él trajo de la infeliz América á la tirana Europa.

LORENZO

Sí será: pero no extrañaría yo que viniese en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo...

TEDIATO

Poca cantidad, sí, es útil, pues nos alimenta, nos viste y nos da las pocas cosas necesarias á la breve y mísera vida del hombre; pero mucha es dañosa.

LORENZO

¡Hola! ¿y por qué?

TEDIATO

Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios, y á fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el orden de la naturaleza; y lo bueno se substrae de su dominio, sin el fin dichoso... con él no pudieron arrancarme mi dicha: ¡ay! vamos.

LORENZO

Sí, pero antes de llegar allá, hemos de tropezar en aquella otra sepultura, y se me eriza el pelo cuando paso junto á ella.

TEDIATO

¿Por qué te espanta esa más que cualquiera de las otras?

LORENZO

Porque murió de repente el sujeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

TEDIATO

Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantos humores, compuesto de tantas partes invisibles, sujeto á tan frecuentes movimientos, lleno de tantas in-

mundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es más, movido por un alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de tantos tiranos... ¿qué puede durar? ¿Cómo puede durar? No sé cómo vivimos. No suena campana que no me parezca tocar á muerto. A ser yo ciego, creería que el color negro era el único de que se visten... ¿Cuántas veces muere un hombre de un aire que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿Cuántas de un agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿Cuántas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¿Entre cuántos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro? Cada vez que siento el pie, me parece hundirse el suelo, preparándome una sepultura... Conozco dos ó tres hierbas saludables... las venenosas no tienen número. Sí, sí... el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga... ¿y qué? El león, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo é innumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

LORENZO

Ya estamos donde deseas.

TEDIATO

Mejor que tu boca me lo dice mi corazón. Ya piso la losa que he regado tantas veces con llanto, y besado tantas veces con mis labios. Esta es. ¡Ay, Lorenzo! hasta que me ofreciste lo que hora me cumples, ¿cuántas tardes he pasado junto á esta piedra tan inmóvil como si parte de ella fuesen mis entrañas? Más que sujeto sensible, parecía yo estatua; emblema del dolor. Entre otros días, uno se me pasó sobre ese banco. Los que cuidan de este templo, varias veces me habían sacado del letargo, avisándome ser la hora en que se cerraban las puertas. Aquel día olvidaron su

obligación y mi delirio, fuéronse y me dejaron. Quedé en aquellas sombras rodeado de sepulcros, tocando imágenes de muerte, envuelto en tinieblas, sin respirar apenas, sino los cortos ratos que la congoja me permitía, cubierta mi fantasía, cual si fuera con un negro manto de densísima tristeza. En uno de estos amargos intervalos, yo vi, no lo dudes, yo vi salir de un hoyo inmediato á ese un ente que se movía; resplandecían sus ojos con el reflejo de esa lámpara, que ya iba á extinguirse. Su color era blanco, aunque algo ceniciento. Sus pasos eran pocos, pausados y dirigidos á mí... Dudé... me llamé cobarde... me levanté... y fuí á encontrarle... el bulto proseguía, y al ir á tocarle yo, él á mí: óyeme...

LORENZO

¿Qué hubo, pues?

TEDIATO

Oyeme... al ir á tocarle yo y el horroroso bulto á mí, en aquel lance de tanta confusión... apagóse del todo la luz.

LORENZO

¿Qué dices? ¿Y aun vives?

TEDIATO

Sí: y con grande atención...

LORENZO

En aquel apuro ¿qué hiciste? ¿Qué pudiste hacer?

TEDIATO

Me mantuve en pie sin querer perder el terreno que había ganado á costa de tanto arrojo y valentía: era invierno. Las doce serían cuando se esparció la obscuridad por el templo: oí la una, las dos, las tres, las cuatro, siempre haciendo el oído el mismo oficio de la vista.

LORENZO

¿Qué oiste? Acaba, que me estremeces.

TEDIATO

Una especie de resuello no muy libre. Procurando tentar, conocí que el cuerpo del bulto huía de mi tacto: mis dedos parecían mojados en sudor frío y asqueroso; y no hay especie de monstruo, por horrendo, estravagante é inexplicable que sea, que no se me presentase. Pero ¿qué es la razón humana, si no sirve para vencer á todos los objetos, y aun á sus mismas flaquezas? Vencí todos estos espantos; pero la primera impresión que hicieron, el llanto derramado antes de la aparición, la falta de alimento, la frialdad de la noche y el dolor que tantos días antes rasgaba mi corazón, me pusieron en tal estado de debilidad, que caí desmayado en el mismo hoyo de donde había salido el objeto terrible. Allí me hallé por la mañana en brazos de muchos concurrentes piadosos que habían acudido á dar al Criador las alabanzas, y cantar los himnos acostumbrados. Leváronme á mi casa, de donde volví en breve al mismo puesto. Aquella misma tarde hice conocimiento contigo, y me prometiste lo que ahora vas á finalizar.

LORENZO

Pues esa misma tarde eché menos en casa (poco te importará lo que voy á decirte, pero para mí es el asunto de más importancia), eché menos un mastín que suele acompañarme, y no pareció hasta el día siguiente. ¡Si vieras qué ley me tiene! Suele entrarse conmigo en el templo, y mientras hago la sepultura, ni se aparta un instante de mí. Mil veces tardando en venir los entierros, le he solido dejar echado sobre mi capa, guardando la pala, el azadón y demás trastos de mi oficio.

TEDIATO

No prosigas: me basta lo dicho: aquella tarde no se hizo el entierro: te fuiste, el perro se durmió dentro del hoyo mismo. Entrada ya la noche se despertó, nos encontramos solos él y yo en la iglesia (¡mira qué causa tan trivial para un miedo tan fundado al parecer!), no pudo salir entonces, y lo ejecutaría al abrir las puertas y salir el sol, lo que yo no pude ver por causa de mi desmayo.

LORENZO

Ya he empezado á alzar la losa de la tumba: pesa infinito. ¡Sí, verás en ella á tu padre! mucho cariño le tienes, cuando por verle pasas una noche tan dura... ¡Pero el amor de hijo! mucho merece un padre...

TEDIATO

¡Un padre! ¿por qué? Nos engendran por un gusto, nos crían por obligación, nos educan para que los sirvamos, nos casan para perpetuar sus nombres, nos

corrigen por caprichos, nos desheredan por injusticia, nos abandonan por vicios suyos (1).

LORENZO

Será tu madre... mucho nos debe una madre.

TEDIATO

Aún menos que el padre. Nos engendran también por su gusto: tal vez por su incontinencia. Nos niegan el alimento de la leche que naturaleza las dió para este único y sagrado fin; nos vician con su mal ejemplo, nos sacrifican á sus intereses, nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro ó en un pájaro.

LORENZO

¿Algún hermano tuyo te fué tan unido, que vienes á visitar sus huesos?

TEDIATO

¿Qué hermano conocerá la fuerza de esta voz? Un año más de edad, algunas letras de diferencia en el nombre, igual esperanza de gozar un bien de dudoso derecho, y otras cosas semejantes, imprimen tal odio en los hermanos, que parecen fieras de distintas especies, y no frutos de un vientre mismo.

(1) Esta moralidad se ha de entender de los malos padres, y del mismo modo las siguientes.

LORENZO

Ya caigo en lo que puede ser: aquí yace sin duda algún hijo que se te moriría en lo más tierno de su edad.

TEDIATO

¡Hijos! ¡Sucesión! Este, que antes era un tesoro con que naturaleza regalaba á sus favorecidos, es hoy un azote con que no debiera castigar sino á los malvados.

¿Qué es un hijo? Sus primeros años... un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, estupidez, molestia y asco... Los siguientes años... un dechado de los vicios de los brutos, poseídos en alto grado... lujuria, gula, inobediencia... más adelante un pozo de horrores infernales... ambición, soberbia, envidia, codicia, venganza, traición y malignidad: pasando de ahí... ya no se mira el hombre como hermano de los otros, sino como un ente supernumerario en el mundo. Créeme, Lorenzo, créeme. Tú sabrás cómo son los muertos, pues son el objeto de tu trato... yo sé lo que son los vivos... Entre ellos me hallo con demasiada frecuencia... Estos son... no... no hay otros... todos á cuál peor... yo sería peor que todos ellos si me hubiera dejado arrastrar de sus ejemplos.

LORENZO

¡Qué cuadro el que pintas!

TEDIATO

La naturaleza es el original: no adulo, pero tampoco lo agravio. No te canses, Lorenzo; nada significan esas

voces que oyes de padre, madre, hermano, hijo y otras tales; y si significan el carácter que vemos en los que así llaman: no quiero ser, ni tener hijo, hermano, padre, madre, ni me quiero á mí mismo, pues algo he de ser de todo esto.

LORENZO

No me queda que preguntarte más que una cosa, y es á saber, si buscas el cadáver de algún amigo.

TEDIATO

¿Amigo? ¿Eh? ¿Amigo? ¡Qué necio eres!

LORENZO

¿Por qué?

TEDIATO

Sí, necio eres, y mereces compasión, si crees que esa voz tenga al menos sentido. ¡Amigos! ¡amistad! Esa virtud sola haría feliz á todo el género humano. Desdichados son los hombres desde el día que la desterraron, ó que ella les abandonó. Su falta es el origen de todas las turbulencias de la sociedad. Todos quieren parecer amigos; nadie lo es. En los hombres la apariencia de la amistad, es lo que en las mujeres el afeite y compostura. Belleza fingida y engañosa... nieve que cubre un muladar... Darse las manos y rasgarse los corazones, esta es la amistad que reina. No te canses: no busco el cadáver de persona alguna de las que puedes juzgar. Ya no es cadáver.

LORENZO

Pues si no es cadáver, ¿qué buscas? Acaso tu intento sería hurtar las alhajas del templo, que se guardan en algún subterráneo, cuya puerta se te figura ser la losa que empiezo á levantar.

TEDIATO

Tu inocencia te sirva de excusa. Queden en buen hora esas alhajas consagradas á la piedad, y trabaja con más brío.

LORENZO

Ayúdame: mete esotro pico por allí, y haz fuerza conmigo.

TEDIATO

¿Así?

LORENZO

Sí: de este modo; ya va en buen estado.

TEDIATO

¡Quién me diría dos meses ha que me había de ver en este oficio! Pasáronse más aprisa que el sueño, dejándome tormento al despertar; desapareciéronse como humo, que deja las llamas abajo y se pierde en el aire. ¿Qué haces, Lorenzo?

LORENZO

¿Qué olor? ¿Qué peste sale de la tumba? No puedo más.

TEDIATO

No me dejes; no me dejes, amigo. Yo solo no soy capaz de mantener esta piedra.

LORENZO

La abertura que forma ya da lugar para que salgan esos gusanos que se ven con la luz de mi farol.

TEDIATO

¡Ay! ¡qué veo! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos. ¡Cuánta miseria me anuncian! En éstos, ¡ay! ¡en éstos se ha convertido tu carne! ¡de tus hermosos ojos se han engendrado estos vivientes asquerosos! ¡Tu pelo, que en lo fuerte de mi pasión llamé mil veces, no sólo más rubio, sino más precioso que el oro, ha producido esta podre! ¡Tus blancas manos, tus labios amorosos se han vuelto materia y corrupción! ¡En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver! ¡A qué sentido no ofenderá la misma que fué el hechizo de todos ellos!

LORENZO

Vuelvo á ayudarte; pero me vuelca ese vapor... Ahora empieza. Más, más, más: ¿qué, lloras? No pueden ser sino lágrimas tuyas las gotas que caen en las manos... ¡Sollozas! ¡No hablas! respóndeme.

TEDIATO

¡Ay! ¡Ay!

LORENZO

¿Qué tienes? ¿Te desmayas?

TEDIATO

No, Lorenzo.

LORENZO

Pues habla. Ahora caigo en quién es la persona que se enterró aquí... ¿Eres pariente suyo? No dejes de trabajar por eso. La losa está casi vencida, y con poco que ayudes la volcaremos, según vemos. Ahora, ahora: ¡ay!

TEDIATO

Las fuerzas me faltan.

LORENZO

Perdimos lo adelantado...

TEDIATO

Ha vuelto á caer...

LORENZO

Y el sol va saliendo; de modo que estamos en peligro de que vayan viniendo las gentes y nos vean...

TEDIATO

Ya han saludado al Criador algunas campanas de los vecinos templos en el toque matutino. Sin duda lo habrán ya ejecutado los pájaros en los árboles con música más natural y más inocente, y por tanto más digna. En fin, ya se habrá desvanecido la noche. Sólo mi corazón aun permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mí nunca sale el sol. Las horas todas se pasan en igual oscuridad para mí. Cuantos objetos veo en lo que llaman día, son á mi vista fantasmas, visiones y sombras cuando menos... algunos son furias infernales.

Razón tienes; podrán sorprendernos. Esconde ese pico y ese azadón; no me faltes mañana á la misma hora y en el propio puesto. Tendrás menos miedo, menos tiempo se perderá. Vete, te voy siguiendo.

¡Objeto antiguo de mis delicias!... ¡hoy objeto de horror para cuantos te vean! ¡montón de huesos asquerosos!... ¡en otros tiempos conjunto de gracias! ¡oh tú, ahora imagen de lo que yo seré en breve!, pronto volveré á mi casa, descansarás en un lecho junto al mío; morirá mi cuerpo junto á ti, cadáver adorado, y expirando incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa.

NOCHE SEGUNDA

TEDIATO, LA JUSTICIA Y DESPUÉS UN CARCELERO

DIÁLOGO

TEDIATO

¡Qué triste me ha sido este día! igual á la noche más espantosa, me ha llenado de pavor, tedio, aflicción y pesadumbre. ¡Con qué dolor han visto mis ojos la luz del astro, á quien llaman benigno los que tienen el pecho menos oprimido que yo! El sol, imagen del Criador, ha sido objeto de mi melancolía. El tiempo que ha tardado en llevar sus luces á otros climas, me ha parecido tormento de duración eterna... ¡Triste de mí! Soy el solo viviente á quien sus rayos no consuelen. Aun la noche, cuya tardanza me hacía tan insufrible la presencia del sol, es menos gustosa, porque en algo se parece al día. No está tan oscura como yo quisiera la luna: ¡ah, luna! escóndete, no mires en este puesto al más infeliz mortal.

¡Que no se hayan pasado más que diez y seis horas desde que dejé á Lorenzo! ¡Quién lo creyera! ¡Tales han sido para mí! Llorar, gemir, delirar... los ojos fijos en su retrato, las mejillas bañadas en lágrimas, las manos juntas pidiendo mi muerte al cielo, las rodillas flaqueando bajo el peso de mi cuerpo; así desmayado, sólo un corto resuello me distinguía de un cadáver. ¡Qué asustado quedó Virtelio, mi amigo, al entrar en mi cuarto y hallarme de esta manera! ¡Pobre Virtelio! ¡cuánto trabajaste para hacerme tomar algún alimento! Ni fuerza en mis manos para tomar el pan, ni en mis brazos para llevarlo á la boca si alguna vez llegaba. ¡Cuán amargos son bocados mojados con lágrimas!... Instante... me mantuve inmóvil. Se fué sin duda cansado... ¿Quién no se cansa de un amigo como yo, triste, enfermo, apartado del mundo, objeto de la lástima de algunos, del menosprecio de otros, de la burla de muchos? ¿Qué mucho me dejase? Lo extraño es que me mirase alguna vez. ¡Ah, Virtelio, Virtelio! pocos instantes más que hubieses permanecido mío, te hubieran dado fama de amigo verdadero. ¿Pero de qué te serviría? Hiciste bien de dejarme; también te hubiera herido la mofa de los hombres. Dejar á un amigo infeliz, conjurarte con la suerte contra un triste, aplaudir la constancia del mundo, imitar lo duro de las entrañas comunes, acompañar con tu risa la risa universal, que es eco de los llantos de un mísero... sigue, sigue... este es el camino de

la fortuna... adelántate á los otros... admirarán tu talento. Yo le vi salir... murmuraba de la flaqueza de mi ánimo. La naturaleza sin duda murmuraba de la dureza del suyo. Este es el menos pérfido de todos mis amigos...; otros, ni aun eso hicieron. Tediato se muere, dirían unos; otros repetirían: se muere Tediato. De mi vida y de mi muerte hablarían como del tiempo bueno ó malo suelen hablar los poderosos, no como los pobres á quienes tanto importa el tiempo. La luz del sol que va faltando me sacó del letargo cruel. La tiniebla me traía el consuelo que arrebata á todo el mundo. Todo el consuelo que siente toda la naturaleza al aparecer el sol, le sentí todo junto al ponerse. Dije mil veces preparándome á salir: bien venida seas, noche, madre de delitos, destructora de la hermosura, imagen del caos de que salimos; duplica tus horrores: mientras más densas, más gustosas me serán tus tinieblas. No tomé alimento; no enjugué las lágrimas; púseme el vestido más lúgubre; tomé este acero, que será, ¡ay! sí, será quien consuele de una vez todas mis cuitas. Vine á este puesto: espero á Lorenzo.

Desengañado de las visiones y fantasmas, duendes, espíritus y sombras, me ayudará con firmeza á levantar la losa: haré el robo... ¡el robo! ¡ay! era mía, sí, mía; yo suyo. No, no la agravio: me agravio; éramos unos. Su alma ¿qué era sino la mía? la mía ¿qué era sino la suya?... Pero ¡qué voces se oyen! *Muere, muere*, dice una de ellas. *¡Que me matan!* dice otra voz. Hacia mí vienen corriendo varios hombres. ¿Qué haré? ¿qué veo? El uno cae herido al parecer... los otros huyen retrocediendo por donde han venido; hasta mis plantas viene batallando con las ansias de la muerte. ¿Quién eres? ¿quién eres? ¿quiénes son los que te siguen? ¿no respondes? El torrente de sangre que arroja por boca y por herida me mancha todo... es muerto: ha expirado asido de mi pierna. Siento pasos á este otro lado. Mucha gente llega; el aparato es de ser comitiva de la justicia.

JUSTICIA

Pues aquí está el cadáver, y ese hombre está ensangrentado, tiene la espada en la mano, y con la otra procura desasirse del muerto, parece indicar no ser otro el asesino: prended á ese malvado. Ya sabéis lo importante de este caso. El muerto es un personaje, cuyas calidades no permiten el menor descuido de nuestra parte. Sabéis los antecedentes de ese asesinato que se proponían. Atadle; desde esta noche te puedes contar por muerto, infame. Sí, ese rostro, lo pálido de su semblante, su turbación, todo indica ó aumenta los indicios que ya tenemos... En breve tendrás muerte ignominiosa y cruel.

TEDIATO

Tanto más gustosa... por extraño camino me concede el cielo lo que le pedí días ha con todas mis veras...

JUSTICIA

¡Cuál se complace con su delito!

TEDIATO

¡Delito! jamás le tuve. Si le hubiera tenido, él mismo hubiera sido mi primer verdugo, lejos de complacerme en él. Lo que me es gustosa es la muerte... Dádmela cuanto antes, si os merezco alguna misericordia. Si no sois tan benigno, dejadme vivir; ese será mi mayor tormento. No obstante, si alguna caridad merece un hombre que la pide á otro hombre, dejadme un rato llegar más cerca de ese templo, no para valerme de su asilo, sino por ofrecer mi corazón á...

JUSTICIA

Tu corazón en que engendras maldades.

TEDIATO

No injuries á un infeliz: matadme sin afrentarme. Atormenta mi cuerpo en quien tienes dominio: no insultes un alma que tengo más noble... un corazón más puro... sí, más puro, más digna habitación del Ser supremo, que el mismo templo en que yo quería... ya nada quiero... haz lo que quieras de mí... no me preguntes quién soy... cómo vine aquí, qué hacía, qué intentaba hacer, y apuren los verdugos sus crueldades en mí, las verás todas vencidas por mi fineza.

JUSTICIA

Llevadle aprisa, no salgan al encuentro sus compañeros.

TEDIATO

Jamás los tuve, ni en la maldad, porque jamás fuí malo; ni en la bondad, porque ninguno me ha igualado en lo bueno. Por eso soy el más infeliz de los hombres. Cargad más prisiones sobre mí. Ministros feroces, ligad más esos cordeles con que me arrastráis cual víctima inocente. Y tú, que en ese templo quedas, únete á tu espíritu inmortal, que exhalaste entre mis brazos, si lo permite quien puede, y ven á consolarme en la cárcel, ó á desengañar á mis jueces. Salga yo valeroso al suplicio, ó inocente al mundo. Pero no, agraviado ó vindicado, muera yo, muera yo, ¡y en breve!

JUSTICIA

Su delito le turba los sentidos; andemos, andemos.

TEDIATO

¿Estamos ya en la cárcel?

JUSTICIA

Poco falta.

TEDIATO

Quien encuentre la comitiva de la justicia llevando á un preso ensangrentado, pálido, mal vestido, cargado de cadenas que le han puesto, y de oprobios que le dicen, ¿qué dirá? Allá va un delincuente. Pronto lo veremos en el patíbulo; su muerte será horrorosa, pero saludable espectáculo. Viva la justicia. Castíguense los delitos: arránquense de la sociedad los que turban su quietud. De la muerte de un malvado se asegura la vida de muchos buenos. Así irán diciendo de mí; así irán diciendo En vano les diría mi inocencia. No me creerían; si la jurara, me llamarán perjuro sobre malvado. Tomaría por testigos de mi virtud á esos astros, darían su giro sin cuidarse del virtuoso que padece, ni del inicuo que triunfa.

JUSTICIA

Ya estamos en la cárcel.

TEDIATO

Sepulcro de vivos, morada de horror, triste descanso en el camino del suplicio, depósito de malhechores, abre tus puertas, recibe á este infeliz.

JUSTICIA

Este hombre quede asegurado: nadie le hable: ponedle en el calabozo más apartado y seguro: doblad el número y peso de los grillos acostumbrados. Los indicios que hay contra él son casi evidentes. Mañana se le examinará. Prepáresele el tormento, por si es tan obstinado como inicuo. Eres responsable de este preso, tú, carcelero: te aconsejo que no le pierdas de vista: mira que la menor compasión que para con él puedas tener, es tu perdición.

CARCELERO

¿Compasión yo? ¿de quién? ¿de un preso que se me encarga? No me conocéis. Años ha que soy carcelero, y en el discurso de este tiempo he guardado los presos que he tenido como si guardara fieras en las jaulas. Pocas palabras, menos alimento, ninguna lástima, mucha dureza, mayor castigo y continua amenaza. Así me temen. Mi voz entre las paredes de esta cárcel es como el trueno entre montes. Asombra á cuantos la oyen. He visto llegar facinerosos de todas las provincias, hombres á quienes los dientes y las canas habían salido entre muertes y robos... Los soldados al entregármelos se aplaudían más que de una batalla que hubiesen ganado. Se alegraban de dejarlos en mis manos, más que si de ellas sacaran el más precioso saqueo de una plaza sitiada muchos meses; y todo esto no obstante... á pocas horas de estar bajo mi dominio, han temblado los hombres más atroces.

JUSTICIA

Pues ya queda asegurado; adiós otra vez.

CARCELERO

Sí; sí: grillos, cadenas, esposas, cepo, argolla, todo le sujetará.

TEDIATO

Y más que todo mi inocencia.

CARCELERO

Delante de mí no se habla, y si el castigo no basta á cerrarte la boca, mordazas hay.

TEDIATO

Haz lo que quieras: no abriré mis labios... Pero la voz de mi corazón... aquella voz que penetra el firmamento, ¿cómo me privarás de ella?

CARCELERO

Este es el calabozo destinado para ti. En breve volveré.

TEDIATO

No me espantan sus tinieblas, su frío, su humedad, su hediondez; no el ruido que han hecho los cerrojos de esa puerta; no el peso de mis cadenas. Peor ocupación me ocupa ahora... ¡Ay, Lorenzo! Habrás ido al señalado puesto: no me habrás hallado; ¡qué habrás juzgado de mí! acaso creerás que miedo, inconstancia... ¡Ay! no, Lorenzo; nada de este mundo ni del otro me parece

espantoso, y constancia no me puede faltar, cuando no me ha faltado ya sobre la muerte de quien vimos ayer cadáver medio corrompido; me acometieron mil desdichas, ingratitud de mis amigos, enfermedad, pobreza, odio de poderosos, envidia de iguales, mofa de parte de mis inferiores... La primera vez que dormí, figuróseme que veía el fantasma que llaman fortuna. Cual suele pintarse la muerte con una guadaña que despuebla el universo, tenía la fortuna una vara con que volvía á todo el globo. Tenía levantado el brazo contra mí. Alcé la frente, la miré. Ella se irritó: yo me sonreí y me dormí: segunda vez se venga de mi desprecio. Me pone, siendo yo justo y bueno, entre facinerosos hoy; mañana tal vez entre las manos del verdugo: éste me dejará entre los brazos de la muerte. ¡Oh muerte! ¿por qué dejas que te llamen daño, el mayor de ellos, el último de todos? ¡Tú daño! quien así lo diga no ha pasado lo que yo.

¡Qué voces oigo (¡ay!) en el calabozo inmediato! Sin duda hablan de morir. ¡Lloran! ¡van á morir y lloran! ¡qué delirio! Oigamos lo que dice el mísero insensato que teme burlar de una vez todas sus miserias. No, no escuchemos. Indignas voces de oirse son las que articula el miedo al aparato de la muerte.

Animo, ánimo, compañero: si mueres dentro del breve espacio que te señalan, poco tiempo estarás expuesto á la tiranía, envidia, orgullo, venganza, desprecio, traición, ingratitud... Esto es lo que dejas en el mundo: envidiables delicias dejas por cierto á los que se quedan en él; te envidio el tiempo que me ganas; el tiempo que tardaré en seguirte.

Ha callado el que sollozaba, y también dos voces que le acompañaban, una hablándole de... sin duda fué ejecución secreta. ¿Si se llegarán ahora los ejecutores á mí? ¡Qué gozo! Ya se disipan todas las tinieblas de mi alma. Ven, muerte, con todo tu séquito: sí, ábrase esa puerta; entren los verdugos feroces manchados aún con la sangre que acaban de derramar á una vara de mí. Si el ser infeliz es culpa, ninguno más reo que yo. ¿Qué silencio tan espantoso ha sucedido

á los suspiros del moribundo? Las pisadas de los que salen de su calabozo, las voces bajas con que se hablan, el ruido de las cadenas, que sin duda han quitado al cadáver, el ruido de la puerta estremece lo sensible de mi corazón, no obstante lo fuerte de mi espíritu. Frágil habitación de un alma, superior á todo lo que naturaleza puede ofrecer, ¿por qué tiemblas? ¿ha de horrorizarme lo que desprecio? ¿Si será sueño esta debilidad que siento? Los ojos se me cierran, no obstante la debilidad que en ellos ha dejado el llanto: sí; reclínome. Agradable concurso, música deliciosa, espléndida mesa, delicado lecho, gustoso sueño encantarán á estas horas á alguno en el tropel del mundo. No se envanezca; lo mismo tuve yo, y ahora... una piedra es mi cabecera, una tabla mi cama, insectos mi compañía. Durmamos: quizá me despertará una voz que me diga: ven al tormento, ven al suplicio. Durmamos. ¡Cielos! ¡si el sueño es imagen de la muerte!... ¡Ay! durmamos.

¿Qué pasos siento? Una corta luz parece que entra por los resquicios de la puerta. La abren; es el carcelero y le siguen dos hombres. ¿Qué queréis? ¿Llegó por fin la hora inmediata á la de mi muerte? ¿me la vais á anunciar con semblante de debilidad y compasión, ó con rostro de entereza y dominio?

CARCELERO

Muy diferente es el objeto de nuestra venida. Cuando me aparté de ti, juzgué que á mi vuelta te llevarían al tormento para que en él declarases los cómplices del asesinato que se te atribuía; pero se han descubierto los autores y ejecutores de aquel delito. Vengo con orden de soltarte. Ea, quítenle las cadenas y grillos: libre estás.

TEDIATO

Ni aun en la cárcel puedo gozar del reposo que ella me ofrece en medio de sus horrores. Ya iba yo aco-

modando los cansados miembros de mi cuerpo sobre esta tarima; ya iba tolerando mi cabeza lo duro de esa piedra, y me vienen á despertar; ¿y para qué? para decirme que no he de morir. Ahora sí que turbas mi reposo... me vuelves á arrojar otra vez al mundo, al mundo, de donde se ausentó lo poco bueno que había en él. ¡Ay! decidme, ¿es de día?

CARCELERO

Aun faltará una hora de noche.

TEDIATO

Pues voime: con tantas contingencias como ofrecen la suerte, ¿qué sé yo si mañana nos volveremos á ver?

CARCELERO

Adiós.

TEDIATO

Adiós. ¿Una hora de noche aun falta? ¡Ay! Si Lorenzo estuviese en el paraje de la cita, tendríamos tiempo para concluir nuestra empresa: se habrá cansado de esperarme.

¿Mañana dónde le hallaré? No sé su casa. Acudir al templo parece más seguro. Pasaréme ahora por el atrio. Noche, dilata tu duración; importa poco que te esperen con impaciencia el caminante para continuar su viaje y el labrador para seguir su tarea. Domina, noche, domina más y más sobre un mundo que por sus delitos se ha hecho indigno del sol... Quede aquel astro alumbrando á hombres mejores que los de estos

climas. Mientras más dure tu obscuridad, más tiempo tendré de cumplir la promesa que hice al cadáver encima de su tumba, en medio de otros sepulcros, al pie de los altares y bajo la bóveda sagrada del templo. Si hay alguna cosa más santa en la tierra, por ella juro no apartarme de mi intento: si á ello faltase yo, si á ello faltase... ¿cómo había de faltar?

Aquella luz que descubro será... será acaso la que arde alumbrando á una imagen que está fija en la pared exterior del templo. Adelantemos el paso. Corazón, esfuérzate, ó saldrás en breve victorioso de tanto susto, cansancio, terror, espanto y dolor, ó en breve dejarás de palpitar en este miserable pecho. Sí, aquella es la luz, el aire la hace temblar; de modo que tal vez se apagará antes que yo llegue á ella. ¿Pero por eso he do temer la obscuridad? antes debe serme más gustosa. Las tinieblas son mi alimento. El pie siente algún obstáculo... ¿qué será? tentemos. Un bulto, y bulto de hombre. ¿Quién es? Parece como que sale de un sueño. Amigo, ¿quién es? Si eres algún mendigo necesitado que de flaqueza has caído y duermes en la calle por faltarte casa en que recogerte y fuerzas para llegarte á un hospital, sígueme; mi casa será tuya; no te espanten tus desdichas; muchas y grandes serán; pero te habla quien las pasa mayores. Respóndeme, amigo... desahóguese en mi pecho el tuyo; tristes como tú busco yo; sólo me conviene la compañía de los míseros; harto tiempo viví con los felices. Tratar con el hombre en la prosperidad, es tratarle fuera de él mismo. Cuando está cargado de penas, entonces está cual es, cual naturaleza le entrega á la vida y cual la vida le entregará á la muerte, cuales fueron sus padres y cuales serán sus hijos. Amigo, ¿no respondes? Parece joven de corta edad. Niño, ¿quién eres? ¿cómo has venido aquí?

NIÑO

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

TEDIATO

No llores; no quiero hacerte mal. Dime: ¿quién eres? ¿dónde viven tus padres? ¿sabes tu nombre y el de la calle en que vives?

NIÑO

Yo soy... mire usted... vivo... venga usted conmigo para que mi padre no me castigue. Me mandó quedar aquí hasta las dos y ver si pasaba alguno por aquí muchas veces, y que fuera á llamarle. Me he quedado dormido.

TEDIATO

Pues no temas: dame la manita: toma ese pedazo de pan que me he hallado no sé cómo en el bolsillo, y llévame á casa de tu padre.

NIÑO

No está lejos.

TEDIATO

¿Cómo se llama tu padre? ¿qué oficio tiene? ¿tienes madre y hermanos? ¿cuántos años tienes tú? ¿y cómo te llamas?

NIÑO

Me llamo Lorenzo como mi padre; mi abuelo murió esta mañana; tengo ocho años y seis hermanos más chicos que yo. Mi madre acaba de morir de sobre-

parto: dos hermanos tengo muy malos con viruelas, otro está en el hospital, mi hermana se desapareció desde ayer de casa, mi padre no ha comido en todo hoy un bocado de la pesadumbre.

TEDIATO

¿Lorenzo dices que se llama tu padre?

NIÑO

Sí, señor.

TEDIATO

¿Y qué oficio tiene?

NIÑO

No sé cómo se llama.

TEDIATO

Explícame lo que es.

NIÑO

Cuando uno se muere y le llevan á la iglesia, mi padre es quien...

TEDIATO

Ya te entiendo: sepulturero, ¿no es verdad?

NIÑO

Creo que sí; pero aquí estamos ya en casa.

TEDIATO

Pues llama, y recio.

LORENZO

¿Quién es?

NIÑO

Abra usted, padre; soy yo y un señor.

LORENZO

¿Quién viene contigo?

TEDIATO

Abre, que soy yo...

LORENZO

Ya conozco la voz: ahora bajaré á abrir.

TEDIATO

¡Qué poco me esperabas aquí! Tu hijo te dirá dónde le he hallado: me ha contado el estado de tu familia. Mañana nos veremos en el mismo puesto para proseguir nuestro intento, y te diré por qué no nos hemos visto esta noche hasta ahora. Te compadezco tanto como á mí mismo, Lorenzo, pues la suerte te ha dado tanta miseria y te la multiplica en tus deplorables hijos... Eres sepulturero... haz un hoyo muy grande y entiérralos todos ellos vivos y sepúltate con ellos. Sobre tu losa me mataré y moriré diciendo: aquí yacen unos niños tan felices ahora como eran infelices poco ha, y dos hombres los más míseros del mundo.

NOCHE TERCERA

TEDIATO Y UN SEPULTURERO

DIALOGO

TEDIATO

Aquí me tienes, fortuna, tercera vez expuesto á tus caprichos: pero ¿quién no lo está? ¿dónde, cuándo, cómo sale el hombre de tu imperio? Virtud, valor, prudencia, todo lo atropellas: no está más seguro de tu rigor el poderoso en su trono, el sabio en su estudio, que el mendigo en su muladar, que yo en esta esquina lleno de aflicciones, privado de bienes, con mil enemigos por fuera y un tormento interior capaz por sí solo de llenarme de horrores, aunque todo el orbe procurase mi felicidad.

¿Si será esta noche la que ponga fin á mis males? ¿la primera de qué me sirvió? Truenos, relámpagos, conversación con un ente que apenas tenía la figura humana, sepulcros, gusanos y motivos de cebar mi

tristeza en los delitos y flaqueza de los hombres. Si más hubiera sido mi mansión al pie de la sepultura, cuál sería el éxito de mi temeridad? Al acudir al templo el concurso religioso y hallarme en aquel estado creyendo que... ¿qué hubiera creído? gritarían: muera ese bárbaro que viene á profanar el templo con molestia de los difuntos y desacato á quien los crió.

La segunda noche... ¡ay! vuelve á correr mi sangre por las venas con la misma turbación que anoche. Si no has de volver á mi memoria para mi total aniquilación, huye de ella: ¡oh noche infausta! Asesinato, calumnia, oprobios, cárcel, grillos, cadenas, verdugos, muerte y gemidos... por no sentir mi último aliento huía de mí un instante la tristeza; pero apenas se me concede gozar el aire que está libre para las aves y brutos, cuando me vuelve á cubrir con su velo la desesperación. ¿Qué vi? un padre de familias, pobre, con su mujer moribunda, hijos parvulillos y enfermos, uno perdido, otro muerto aun antes de nacer y que mata á su madre aun antes de que ésta le acabe de producir. ¿Qué más vi? ¿Qué corazón el mío? ¿qué inhumano si no se partió al ver tal espectáculo?... Excusa tiene... mayores son sus propios males y aun subsiste. ¡Oh Lorenzo! ¡oh! vuélveme á la cárcel, Ser Supremo, si sólo me sacaste de ella para que viese tal miseria en las criaturas.

Esta noche, ¿cuál será? Lorenzo, ¡Lorenzo infeliz! ven, si ya no te detiene la muerte de tu padre, la de tu mujer, la enfermedad de tus hijos, la pérdida de tu hija, tu misma flaqueza: ven; hallarás en mí un desdichado, que padece no sólo sus infortunios propios, sino los de todos los infelices á quienes conoce, mirándolos á todos como hermanos: ninguno lo es más que tú. ¿Qué importa que tú nacieras en la mayor miseria y yo en cuna más delicada? Hermanos nos hace un superior destino, corrigiendo los caprichos de la suerte, que divide en arbitrarias clases á los que somos de una misma especie: todos lloramos... todos enfermamos... todos morimos.

El mismo horroroso conjunto de cosas de la noche

antepasada vuelve á herir mi vista con aquella dulce melancolía... Aquel que allí viene es Lorenzo... Sí, Lorenzo. ¿Qué rostro? Siglos parece haber envejecido en pocas horas: tal es el objeto del pesar semejante al que produce la alegría ó destruye nuestra débil máquina en el momento que la hiere ó la debilita para siempre al herirnos en un instante.

LORENZO

¿Quién eres?

TEDIATO

Soy el mismo á quien buscas: el cielo te guarde.

LORENZO

¿Para qué? para pasar cincuenta años de vida como la que he pasado llena de infortunios... y cuando apenas tengo fuerzas para ganar un triste alimento... ¡hallarme con tantas nuevas desgracias en mi mísera familia, expuesta toda á morir con su padre en las más espantosas infelicidades! Amigo, si para eso deseas que me guarde el cielo, ¡ah! pídele que me destruya.

TEDIATO

El gusto de favorecer á un amigo debe hacerte la vida apreciable, si se conjuraran en hacértela odiosa todas las calamidades que pasas. Nadie es infeliz si puede hacer á otro dichoso. Y amigo, más bienes dependen de tu mano que de la magnificencia de todos los reyes. Si fueras emperador de medio mundo... con el imperio de todo el universo, ¿qué podrías darme

que me hiciese feliz? ¿Empleos, dignidades, rentas? otros tantos motivos para mi propia inquietud y para la malicia ajena. Sembrarías en mi pecho zozobras, recelos, cuidados, tal vez ambición y codicia... y en los de mis amigos... envidia. No te deseo con corona y cetro para mi bien... más contribuirás á mi dicha con ese pico, ese azadón... viles instrumentos á otros ojos... venerables á los míos... Andemos, amigo, andemos...

LORENZO

Vamos, que ya estamos inmediatos al templo.

TEDIATO

Lóbrega habitación del alma mía, muchas veces templo por lo que en ti ocultas. ¡Ay de mí! noche tenebrosa, no me prohibas la ejecución de mi intento; y tú, oh fortuna, no envidiosa me estorbes mi único consuelo: aquí me tienes tercera vez esperanzado de tu inconstancia; vuelve, vuelve á serme propicia esta sola vez en que colmarás mi felicidad... Y tú... mas, Lorenzo, ¿qué te detiene tanto en abrir el templo?

LORENZO

Un nuevo inconveniente causa mi detención: no es posible ajustar la llave, mucho temo...

TEDIATO

Tu miedo y turbación es el estorbo; no temas ningún infortunio; ¿puede ser mayor que los que experimentas? No, Lorenzo. Desecha este temor: desprecia una vida que ella sola te obliga á vivir entre los hombres, depósito de maldades; abre, abre esa puerta; entremos á buscar quien únicamente pudo hacer soportables las miserias de mi subsistencia; sí, únicamente; y tú, constante memoria mía, ayuda mi sentimiento; tú, tú sola puedes alentar á mi caído espíritu...

LORENZO

No... no te acongojes: ya conseguimos vencer el inconveniente. Entremos; ¡pero qué melancólico nos recibe el templo! parece que siente nuestra demasía.

TEDIATO

Cierra y no perdamos tiempo; ¡ay, qué espectáculo tan triste! ¡á los horrores de las sombras se agregan los de aquella espantosa luz que sólo alumbra para manifestar escasamente tan horrible oscuridad! En este espantoso sitio descansa tanta hermosura; no, no... mucho dudo que haya donde tú estés tanta melancolía; pero ¿cómo lo extraño si mi corazón está lo mismo? Ea, Lorenzo amigo, acaba de hacerme dichoso... aumenta tu valor; sírvante de aliento mis suspiros, nacidos de un corazón tan sufrido; introduce por esa parte el azadón, ínterin lo ejecuto yo por ésta con el pico, instrumentos ambos de mi desgracia y hoy de mi dicha.

LORENZO

Ya lo ejecuto; ¿pero no me dirás qué inconveniente pudo anoche imposibilitar tu venida? Más de cuatro horas te estuve esperando; y viendo malogrado mi cuidado, por atender á otros, me retiré, sustituyendo mi vigilancia en el solo hijo que la suerte me ha dejado.

TEDIATO

Por éste supe todas tus desgracias; pero mi detención consistió en que la justicia apresó mi inocencia, y á no haberse descubierto con presteza los autores de un asesinato que me acumulaban, hubiera llenado mi complacencia la muerte, á que estaba sentenciado, justo á los ojos del mundo, y aun á los mismos que me condenaban; ¡considera la maldad de un mundo semejante! mi impía estrella no me permitió el consuelo de concluir con tantos males.

LORENZO

¡Oh Dios! qué injusticia... pero todo me estremezco al mirar nuestra situación; á los escasos rayos de esa luz moribunda advierto unas sombras que cruzan las altas y sombrías paredes del templo... ¡ay! ¡Qué horror! que...

TEDIATO

No prosigas, ni te amedrentes: estas sombras que tanto te asustan no son otra cosa que aves nocturnas que habitan este paraje y salen á buscar el alimento. Las visiones de las sombras, el melancólico canto y el continuo ruido de su vuelo, contristaron tu corazón sin motivo: todo contribuye á mi agradecimiento... Si supieras, ¡oh Lorenzo!, con cuánta satisfacción complaces mi alma, te lisonjearías de este beneficio; procuremos vencer la losa; ya, ya lo está; ¡ah Lorenzo! por momentos voy consiguiendo mi deseado martirio; no, no son ya los fúnebres asombros los que me contristan, una dulce inquietud, ¡ah!

LORENZO

¿En qué piensas? ¿ahora lloras? ¿te afliges?

TEDIATO

No, Lorenzo; no, no es ya aflicción la que me oprime el quebrantado pecho mío, es... Pero si acaso el interés te predomina, dueño serás de cuanto poseo. Si eres de aquellos únicos pechos que sólo aspiran á la gloria de la acción, jamás puede presentársete mejor ocasión para ejercer tu generosidad: de uno ú otro modo, cierra la losa... luego que esté dentro, déjame esperar la muerte en los brazos que más amo: sí, Lorenzo, yo seré dichoso; me desprenderé de una vida que me separa de mi dueño; acaba ya: ¡ah dolor!... pero...

LORENZO

Tente; yo imagino que en este instante acabas de perder el sentido: ¿puedes pretender semejante absurdo?

TEDIATO

No tengas por demasía la heroicidad: no la conoces, por lo poco que acostumbran los hombres obrar bien; pero acaba ya; retardas mi consuelo, no adquieras el nombre de tirano... ¿Pero no escuchas un ruido hacia la puerta?

LORENZO

No sólo oigo ruido, sino que siento empezar á abrir: sólo mi compañero tiene llaves iguales á las mías... ¡Ay! ¡Tediato, mucho temo un infortunio!

TEDIATO

Deja, Lorenzo; deja que entren y acaben con el más mísero de los nacidos: cruel estrella, ¿hasta dónde perseguirás este infeliz? Acaba ya mi fatigado aliento, y este beneficio recompensará mis infortunios.

LORENZO

Ya vienen. ¡Oh infeliz! ¡cuántos se conjuran contra tu vida! ¡ah interés, á qué fin me has conducido!.. ¡pero qué infaustos son los paraderos de la codicia!

JUSTICIA

¿Qué motivos causan desórdenes de semejante naturaleza? ¿qué puede dar lugar ó profanar el divino culto y templo? pero sin réplica daos á prisión .. y tú, mal hombre, cierra esa bóveda y síguenos.

TEDIATO

Si en el corazón de la justicia cabe digna piedad, y si acaso puede haber misericordia entre vosotros, dejadme, dejadme dentro de la tumba... El hambre, la sed, la fatiga acabarán mi enfadosa vida, y lograré unir mis cenizas con las más apreciables reliquias; muévaos á piedad mi...

JUSTICIA

Sacrílego, ¿aun piensas ejecutar tus abominables intentos? llevadle pronto: no escucharle.

TEDIATO

Pues consentidos usurpadores de la equidad, ya que me negáis todo consuelo, no podréis estorbar á mi efecto su quebranto. Adiós, dueño mío, recibe por ofrenda de tu hermosura una vida que tan fino te consagro; acabadme ya, ministros del interés, pero mi dolor lo ejecutará; ya me da este consuelo, ya fallezco, ya por ti, bien mío...

JUSTICIA

Vamos, llevadle; y vos sin réplica obedeced.

TEDIATO

¿Yo no podré saber adónde me lleváis? ¿á qué paraje conducís este desdichado?

JUSTICIA

La misma experiencia sírvate de respuesta; á esta casa del juez has de subir.

TEDIATO

¿A esta casa?... Corazón, prevente á un nuevo sentimiento: ¿va á ser mi juez mi protector? ¡tormento duplicado! ¡oh muerte! qué tardía te encuentra quien te apetece ..

JUSTICIA

A este juez que se acerca debes presentarte.

JUEZ

Vuestra preocupación ya hace días que me tiene con cuidado: no puedo acomodarme á que en quien tanto mandó la razón, obedezcan de tal modo los sentidos: ya sabéis que os amo, y así procuro vuestro destierro, tibio castigo para semejante absurdo, pero suficiente para que el entendimiento conozca vuestro delito, obre la razón y, ayudada de la reflexión, borre con la enmienda pasión tan desordenada: la sentencia no admite dilación; y así cumplidla, advirtiendo que, enmendado, es vuestro servidor y afecto quien os castiga con tanta benignidad. Adiós...

TEDIATO

Á LA MUERTE DE FILIS

SONETO

Mientras vivió la dulce prenda mía,
amor, sonoros versos me inspiraste,
obedecí la ley que me dictaste,
y sus fuerzas me dió la poesía.

Mas ¡ay! que desde aquel aciago día
que me privó del bien que tú admiraste,
al punto sin imperio en mí te hallaste,
y hallé falta de ardor á mi Talía.

Pues no borra su ley la parca dura
(á quien el mismo Jove no resiste),
olvido el Pindo, y dejo la hermosura.

Y tú también de tu ambición desiste:
y junto á *Filis* tenga sepultura
tu flecha inútil y mi lira triste.

MI FILIS HA MUERTO:
¡AY TRISTE DE MÍ!

GLOSA

¡Oh Musa! (si acaso
la hay tan infeliz
que esté destinada
para presidir
el llanto y gemido),
venid, influíd
el tono más triste
que se pueda oir:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Desde estos mis brazos,
en que yo la vi
en días alegres
mirar y reir,
la muerte alevosa
con sorpresa vil
cortó de su vida
el hilo sutil.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Los labios muriendo
procuraba abrir
para despedirse
sin duda de mí;
pero se secaron
sin poder servir,
cual rosa que muere
pasado su Abril.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Lo que no pudieron
sus labios decir,
quisieron sus ojos
volviéndose á mí:
pero en aquel punto
cerrarse los vi,
y yo sólo pude
turbado decir:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

De su fino pecho
el blanco marfil
en pálida cera
convertirse vi,
y en tristes colores
aquel carmesí,
que de otras bellezas
envidiado vi:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Decidme, deidades
tiranas, decid,
¿sin la que fué mi alma
cómo he de vivir?
la molesta vida
que me consentís,
después de su muerte
gastaré en decir:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Si vuestros rigores
podéis convertir
en lástimas justas
mis quejas oíd:
y cual otro Eneas
que baje sufrid,
con la sacra rama

al campo feliz.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

De mi amada prenda
la sombra sutil
podré con mis brazos...
mas ¡necio de mí!
su sombra quería
con el brazo asir,
cual si fuera cuerpo:
¡ay qué frenesí!
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Cerbero, Aqueronte,
las furias en mí
no pondrán asombro:
mi voz infeliz
ablandará á todos,
si me oyen decir:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

SONETO

No basta que en su cueva se encadene
el uno y otro proceloso viento;
ni que Neptuno mande á su elemento
con el tridente azul que se serene.
Ni que Amaltea el fértil campo llene
de fruta y flor, ni que con nuevo aliento
al eco den las aves dulce acento,
ni que el arroyo desatado suene.

En vano anuncias, verde primavera,
tu vuelta de los hombres deseada,
triunfante del invierno triste y frío.
Muerta Filis, el orbe nada espera
sino niebla espantosa, noche helada,
sombras y sustos como el pecho mío.

ANACREÓNTICA

En lúgubres cipreses
he visto convertidos
los pámpanos de Baco
y de Venus los mirtos:
cual ronca voz del cuervo
hiere mi triste oído
el siempre dulce tono
del triste jilguerillo:
ni murmura el arroyo
con delicioso trino,
resuena cual peñasco
con olas combatido.
En vez de los corderos
de los montes vecinos
rebaños de leones
bajar con furia he visto.
Del sol y de la luna
los carros fugitivos
esparcen negras sombras
mientras dura su giro.
Las pastoriles flautas
que tañen mis amigos
resuenan como truenos
del que reina en Olimpo.
Pues Baco, Venus, aves,
arroyos, pastorcillos,

sol, luna, todos juntos
miradme compasivos,
y á la ninfa que amaba
al infeliz Narciso,
mandad que diga al orbe
la pena de Dalmiro.

SAFICOS-ADÓNICOS A CUPIDO

Niño temido por los dioses y hombres,
hijo de Venus, ciego amor tirano,
con débil mano vencedor del mundo,
dulce Cupido.

Quita del arco la fatal saeta,
deja mi pecho que con fuerza heriste
cuando la triste, la divina Filis
me dominaba.

Desde que el hilo de su dulce vida
por dura parca feneció cortado,
desde que el hado la llevó á la sacra
cumbre de Olimpo.

Cuando constante con promesa justa
de que ella sola me sería cara,
aunque pasara las estigias olas
con Aqueronte.

De negros lutos me vestí llorando,
y de cipreses coroné mi frente,
eco doliente me llevó con quejas
hasta su tumba.

Sobre la losa que regué con sangre
de una paloma negra y escogida,

fué repetida por mi voz la sacra
justa promesa.

Fría ceniza, repetí mil veces,
sombra de Filis, si mi pecho adora
á otra pastora desde tan tremenda
lóbrega noche.

Haz que á mi falso corazón asombre
cuanto las cuevas del averno ofrecen,
cuanto padecen los malvados, cuanto
Sísifo sufre.

Júrolo, Filis, por tu amor y el mío,
por Venus misma, por el sol y luz,
por la laguna que venera el padre
omnipotente.

Las losas duras á mi acento triste
mil veces dieron ecos horrorosos,
y de dudosos aires resonaran
túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
dijo: *Dalmiro, cumple lo jurado*:
quedé asombrado sin mover los ojos,
pálido, yerto.

Temo, si rompo tan solemnes votos,
que Jove apure su rigor conmigo,
y otro castigo que el de ser llamado
pérfido, aleve.

Entre los brazos de mi nueva amante,
temo la imagen de mi antiguo dueño:
ni alegre sueño ni tranquilo día
ha de dejarme.

En vano Cloris (cuyo amor me ofreces)
y á cuyo pecho mi pasión inclinas,

pone divinas perfecciones juntas
ante mis ojos.

Ante mi vista se aparece *Filis*,
en mis oídos su lamento suena,
todo me llena de terror y espanto,
tímido caigo.

Lástima causen á tu pecho ¡oh niño!
las voces mías, mis dolientes voces;
y si conoces el dolor que causas,
lástima tenme.

La nueva antorcha que encendiste apaga,
y mi constante corazón respire,
haz que no tire tu invencible mano
otra saeta.

INJURIA EL POETA AL AMOR

Amor, con flores ligas nuestros brazos:
los míos te ofrecí lleno de penas;
me echaste tus guirnaldas más amenas:
secáronse las flores, vi los lazos,
y vi que eran cadenas.

Nos guías por la senda placentera
al templo del placer ciego y propicio:
yo te seguí, mas viendo el artificio,
el peligro y tropel de tu carrera,
vi que era un precipicio.

Con dulce copa al parecer sagrada,
al hombre brindas de artificio lleno:
bebí: quemóse con su ardor mi seno:

con sed insana la dejé apurada,
y vi que era veneno.

Tu mar ofrece con fingida calma
bonanza sin escollo ni contagio:
yo me embarqué con tal falaz presagio:
vi cada rumbo que se ofrece al alma,
y vi que era un naufragio.

Al carro de tu madre, ingrata diosa,
vi que tiraban aves inocentes:
besáronlas mis labios imprudentes:
el pecho me rasgó lo más hermosa,
y vi que eran serpientes.

Huye, amor, de mi pecho ya sereno:
tus alas mueve á climas diferentes:
lleva á los corazones imprudentes
cadenas, precipicios y veneno,
naufragios y serpientes.

FIN